



DE SANTILLANA A MADRID

¡Hagámos un ejercicio de memoria!, si les parece. La pesadilla que vive el país, que básicamente consiste en estar gobernado desde 2004 por el señor Zapatero, se inició, inopinadamente, el 31 de agosto de 2003 en Santillana del Mar, en Santander. Va a hacer de aquello seis años. Allí reunió el entonces candidato a la Presidencia al Consejo Territorial del Partido Socialista y acudieron prestos todos los barones y prebostes correspondientes. El objetivo era esbozar una suerte de mantra, una especie de propósito común que levantara los ánimos de los de la Casa del Pueblo antes del otoño, que se presentaba políticamente complicado, casi en vísperas de unas elecciones que se presumían, antes del dramático 11-M, difíciles de ganar. Allí Zapatero abrazó, sin apenas resistencia de los barones -pues no se perdía nada en abrazar una utopía más, como las propias de la marca- del delirio que un tiempo atrás parió el presidente catalán, Pasqual Maragall, y que consistía en dar más poder a Cataluña, y, por ende, al resto de las autonomías. Allí, en Santillana del Mar, se urdió una de las operaciones políticas más importantes de los últimos tiempos. Y digo política en el más genuino sentido de la palabra: se inventó algo completamente ajeno a la demanda social, perfectamente prescindible, alejado de las preocupaciones cotidianas de los ciudadanos. Se decidió montar una farsa, aunque una farsa peligrosa. De allí salió la perturbadora conjura para reformar los estatutos de autonomía, aumentar las competencias territoriales y seguir desarmando el Estado, caso de vencer en las urnas.

Cuando hablo de estas cosas con algunos amigos, especialmente catalanes, me dicen que estoy equivocado. Que en Cataluña, al menos, el descontento ante el expolio del Estado era palmario, estaba al cabo de la calle; que la desazón por el desequilibrio fiscal -la diferencia entre la contribución de la región a la solidaridad común y los servicios prestados por la Administración central- había devenido intolerable. Pero los datos no avalan tal interpretación. El famoso Estatut, pendiente de resolución por el Tribunal Constitucional, y verdadera bomba de relojería de la nación española tal y como la hemos venido entendiendo hasta la fecha, fue votado por menos de un tercio del censo electoral catalán. A esto se redujo el aparente orgasmo del que hablan mis amigos, éste fue el corolario del delirio de Maragall, apoyado por Zapatero, que no dudó en apuñalarlo después, como Bruto a Julio César, igual que tampoco le tembló el pulso cuando traicionó a Artur Mas también a cuenta del Estatut. El caso es que sea como fuere, un Estatut que, según las encuestas de la época (2004), resultaba comple-

tamente indiferente para el 80% de la población catalana, y no digamos el resto del país, ha degenerado en una explosión imitativa de los demás, y ha llegado a la locura de que los gobiernos a su frente se hayan reservado hasta el cauce de los ríos. Ahora, pasados una serie de años enormemente convulsos y no resueltos, pues todavía pende sobre el nuevo régimen autonómico el dictamen del Constitucional, ha venido la segunda parte de la farsa, que era la realmente importante, sobre todo para los catalanes, como ellos mismos reconocen: el dinero. La financiación autonómica. Y resulta que el Gobierno del señor Zapatero ha comprometido más de 11.000 millones de euros con el afán de contentar a todos, pretensión imposible, en el marco de una negociación completamente opaca y arbitraria,

como en un zoco árabe, sólo con la intención de lograr un acuerdo general que lo convierta en el *hacedor de las Españas*.

No lo digo a humo de pajas. Casi seis años después de aquella innoble cita de Santillana del Mar, Zapatero reunió el pasado sábado 18 de julio -fecha por otra parte curiosa- al Consejo Territorial del Partido Socialista. Allí acudieron, como entonces, todos los barones y prebostes del momento, y allí declaró sonriente, después de haber dado un paso más hacia la bancarrota del país, que los socialistas "hemos creado el verdadero Estado de las autonomías". Hablo de banca-



LA NUEVA FINANCIACIÓN AUTONÓMICA EXIGIRÁ TODAVÍA MÁS DEUDA PÚBLICA, LO QUE PERJUDICARÁ LA REPUTACIÓN INTERNACIONAL DEL PAÍS

rrota porque, realmente, en la caja del Estado no hay 11.000 millones adicionales a todos los que lleva gastados para detener, sin éxito alguno, el deterioro de la actividad económica y la hemorragia de paro correspondiente. Este obscuro capricho se tendrá que financiar con deuda pública, debilitando aún más la reputación internacional del país. Pero no crean que la reunión del Consejo Territorial del pasado 18 de julio en Madrid apuntaba signo alguno de preocupación. Todos, tras Zapatero, aparecieron alegres y confiados, convencidos de estar inventando la España que empezaron a deshacer en Santillana del Mar. Y también consolidando el mensaje criminal de que cualquiera que se oponga al programa establecido es que tiene fobia a Cataluña, e incluso a Andalucía. Presidente, ¡chapeau! Así se vertebrará un país. □